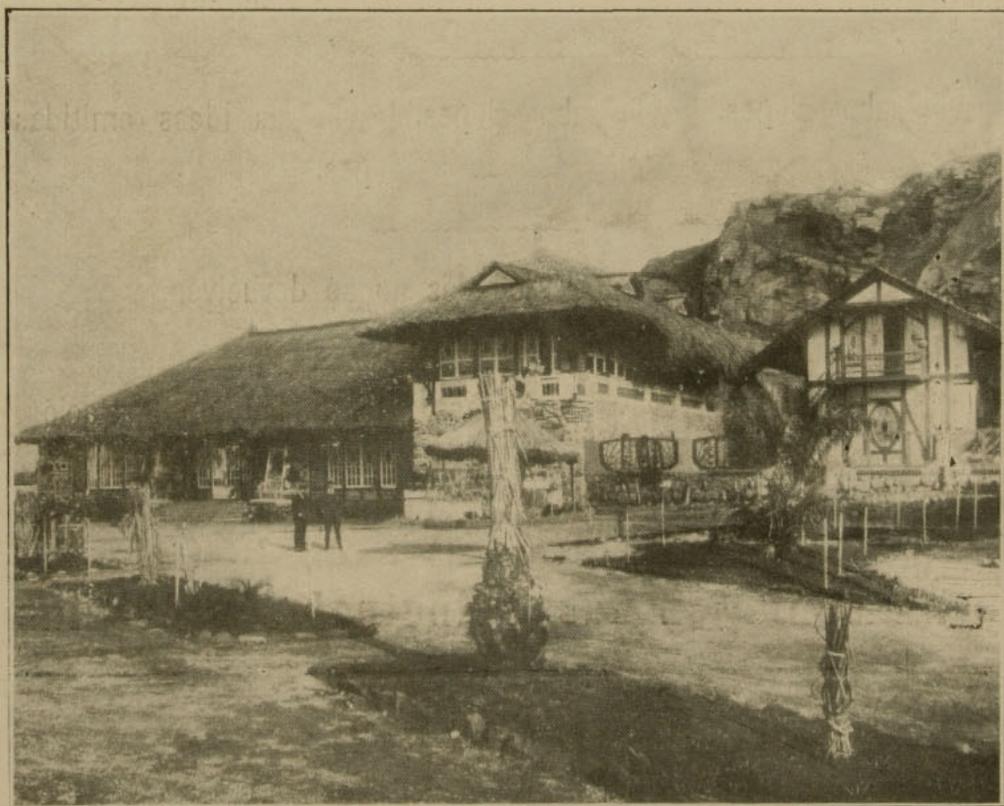


AÑO I

SEPTIEMBRE 1924

Núm. 4

REVISTA FEMENINA



Restaurant en la Terraza del San Cristóbal

Precio: 50 Cts.

Algo sobre el divorcio

por Delie Rouge

(Conclusión)

Ahora vamos a ver el borde de la moneda que tiene cierta forma para que resista la acción del uso y del tiempo.

En la vida social no son precisamente las leyes las que moldean la vida; sino el hogar, la escuela, el ambiente. He aquí cómo debemos evitar los divorcios: Moralizando la vida, reconstruyendo el hogar, cimentando la felicidad que emana de él. He aquí el problema: reconstruir el hogar. Es necesario luchar para que este grandioso edificio cuyas bases están hoy bamboleantes vuelva a erigirse hermoso, firme, sólido con cimientos y muros que sean hechos de espíritu, de comprensión de almas.

Esto es lo que falta en nuestros hogares: armonía, tolerancia, amor. Pasó la época en que la mujer era una frágil muñequita y el hombre el amo absoluto. De esto deben convencerse los hombres. Hoy la mujer exige ser la compañera y no tolera ser tratada como un mero juguete. Exige fidelidad y respeto, es esto lo que el hombre no quiere comprender y por esto vienen los grandes choques, la discordia, el divorcio de las almas cuando no se efectúa de hecho el de los cuerpos. Es esto lo que debemos combatir y nó a una ley que puede moralizar a unos y sostener a otros; nuestro deber es luchar porque el hogar tenga base sólida, porque el hombre lo considere algo sagrado, así como un templo, y porque la mujer se eduque en tal forma que sea ella la sacerdotisa de ese templo.

No creemos que el divorcio traiga felicidad, lo dudamos mucho, tal vez en casos excepcionales... pero, por lo general, nó.

La mujer que actualmente se separa del marido no hace otra cosa que cambiar de forma de sufrimiento. Al lado del marido sufría vejámenes, celos, aban dono. en muchos casos era sólo esposa

decorativa... la verdadera esposa estaba fuera del hogar. Lejos del marido también sufre: la sociedad, el ambiente le hace sentir amargos dolores con garra desapiadada la maltrata y si ella no es bastante fuerte, si no tiene suficiente valor para resistir caerá rendida, hecha pedazos, a la vera del camino.

Dicen que el divorcio trae como consecuencia la falta de natalidad. No lo creemos así. Según nuestro criterio es la falta de moral que reina que se ha entronizado en los hogares. Observemos, miremos bien, abramos bien los ojos. En nuestro país todavía tan joven las costumbres malsanas van tomando mucho cuerpo. ¿Cuántos hijos tienen los matrimonios modernos? Uno, dos, tres, máximo cinco. Se arguye que es necesario restringir la familia por la carestía de la vida; pero no se dice que el hipódromo, el club, el lujo, las mil exigencias ficticias hacen insostenible la existencia. Eso lo callan o lo murmuran en voz muy baja, pero no quieren gritarlo.

Afirman que el divorcio hace disminuir los nacimientos. Nosotros aseguramos que en algunos casos los aumentaría. ¿Cuántas veces es el hombre el que no quiere tener descendencia, y en cuántos otros es la mujer la que rehuye las responsabilidades de la maternidad? Y esto trae entre los cónyuges graves disgustos.

No olvidemos que la moneda tiene dos caras.

En vez de argüentar tan sin criterio, lo que debemos hacer es tratar de moralizar la vida por medio de la educación, el ambiente y las leyes.

También dicen: "Si se dicta el divorcio habrá más desmoralización. Es tan infantil este argumento que causa risa. A las gentes verdaderamente morales, a las que tienen bien cimentado su hogar, ¿qué efecto puede hacerles la dictación de una ley? Parece que piensan que sólo es suficiente presentar un escrito

pidiendo divorcio o presentarse ante el juez y decirle: "Su señoría, quiero divorciarme". Y el juez va a contestar: "Perfectamente; tiene Ud el divorcio". Los que así creen están muy equivocados. Es necesario presentar graves causales y todavía más comprobar esas causales. Sólo entonces el juez puede sentenciar. Cuando los cónyuges han llegado a comprobar hechos muy graves—contestan a su conciencia los que leen estas líneas: ¿es moral que sigan amarrados eternamente dos personas que se odian y desprecian hasta el extremo de acudir a los tribunales?

Y ¿los hijos?... nos objetarán. Cuando hay hijos no se debe llegar hasta los tribunales. Esto nos ha enseñado la vida.

En Chile la ley que rompe el vínculo lejos de desmoralizar traería moralidad. ¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Por qué motivo? Por el siguiente: la mujer chilena es maternal—verdad que tenemos muchos defectos de educación, pero tenemos esta gran cualidad heredera de la mujer española: ser buena madre. Por eso la mujer temblaría a la idea de perder al hijo, pues en caso de infidelidad lo perdería para siempre. Otro motivo por el cual ella se conduciría muy correctamente es por éste: No sabe ganar su vida, necesita un sostén, un apoyo y con la ley que la deja en libertad tendría que bastarse a sí misma. Ya véis como la ley que rompe el vínculo moralizaría a nuestras mujeres.

Ahora con respecto al hombre.

El hombre chileno es muy lleno de amor propio, la idea de que sus hijos tendrían otro padre sería para él un poderoso freno, así moderaría sus pasiones, no por moralidad, pero sí por orgullo.

También se alega que al establecerse el divorcio los cónyuges no querrían tolerarse mutuamente, que buscarían pre-

texto para separarse, que se cometerían muchos abusos.

Los pretextos, los abusos no existen entre gentes morales y además no darían ningún resultado con jueces que fueran un crisol de honradez. Todo se puede hacer cuando no hay una conciencia. He aquí el borde de la moneda: La moralidad. La felicidad de la vida no consiste en la ley, sino en ser honrado consigo mismo y en saber llevar con dignidad el peso de la vida.

Acá donde los matrimonios se hacen por amor la ley que rompe el vínculo puede moralizar. Decimos que la mayoría de los matrimonios se hacen por amor, pues prescindimos de aquellos de conveniencia y de esos otros pesca fortunas que llevan el pensamiento de la muerte... la muerte de los suegros, de los tíos ¡pobres tíos! y aún de los abuelos.

La base de la felicidad está en nosotros y en nosotros también descansan los cimientos sólidos del inmenso edificio social.

El problema radical es la educación. Es necesario formar hombres y mujeres que sean dignos, que se comprendan, que armonicen; sin armonía viene el desequilibrio y el rompimiento del templo del hogar que ambos tienen el deber de sostener hasta que den cuenta a la vida de la misión que ella les confió.

La mujer que tiene hijos no se pertenece, pertenece a ellos, por ellos deben sufrido todo y llegar al máximo del sacrificio pero, hoy la mujer es más mujer que madre, es por eso que debemos despertar en ella esa fuente de abnegación y dulzura que está en el alma de cada una de nosotras: el amor materno.

Quando en torno al amor de madre gire la moralidad del mundo habremos salvado a la Humanidad.

Delie Rouge.

